

HELENA BERISTÁIN y GERARDO RAMÍREZ VIDAL (COMP.). *La palabra florida. La tradición retórica indígena y novohispana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2004. 286 pp.

índice

Un libro, muchas culturas. Es este libro un ejemplo más de que las palabras y las culturas pueden dialogar, trasvasarse, traducirse, aunque vengan de formas de pensamiento radicalmente diferentes y de distancias que se cuentan por miles de kilómetros. También aunque esas palabras hayan sido creadas en tiempos históricos separados por siglos. Pero siempre hay alguien que las hace encontrarse, que las pone en una coordenada diacrónica. En este caso son Helena Beristáin y Gerardo Ramírez quienes hacen posible un encuentro de profundo significado en el que dialoga la expresión retórica de varias culturas del Nuevo Mundo con la tradición clásica novohispana. De esta manera, logran crear una unidad retórica universal bajo el título de *La palabra florida*, título retórico y metafórico, en el que se guarda la belleza pero también la diversidad de las lenguas que el hombre crea.

No es fortuito que sea aquí, en América, donde se piensa en la integración de culturas, pues es aquí donde se conocen y manejan las expresiones retóricas de muchas lenguas. El libro es la mejor prueba de ello: tres estudios sobre retórica náhuatl, cinco sobre retórica mayense, uno acerca de la retórica en huichol, uno sobre quechua, seis sobre retórica clásica en el Nuevo Mundo y uno sobre retórica zapatista en internet. En total diecisiete ensayos en los que podemos comprobar que la expresión retórica tiene muchos rostros y que el afán de hablar con elegancia, profundidad y persuasión, es universal.

Es evidente que la retórica como arte, como disciplina de las humanidades, es creación de los griegos. Inclusive seguimos usando la palabra que ellos crearon derivada de *rema*, verbo, concepto gramatical opuesto a *onoma*, nombre. La fuerza fue tal que, incluso cuando la Hélade pasó a ser provincia romana, la retórica era el fuerte de las escuelas áticas y que el propio Cicerón, quien tradujo muchos vocablos del pensamiento griego al latín, no se atrevió a traducir el de *retor* ni su derivado, *retórica*.

La palabra fue aceptada por Roma y por el mundo académico medieval y pasó como tal al Nuevo Mundo. Los franciscanos, especialmente fray Bernardi-

no de Sahagún la acomodaron en las nuevas tierras y con ella se designó una forma de expresión conservada en la tradición oral en la que se ordenaba la conducta de los hombres: la *huehuetlahtolli*, la antigua palabra. Fray Bernardino no dudó en considerar esta forma de expresión como “retórica y filosofía moral” y con este título insertó un corpus de *huehuetlahtolli* en el libro VI de su *Historia general de las cosas de Nueva España*.

Precisamente, en el libro que comentamos está estudiado este momento en que Sahagún los define como textos retóricos, al igual que se hacía en el Renacimiento con los autores griegos y latinos. Es el momento que Miguel León-Portilla presenta en su estudio, establece una mirada entre dos culturas enfocada en dos palabras: *rétor* y *tlaholmatini*, el que conoce la palabra, el lenguaje noble y pulido, el *tecpillahtolli*. Con estos dos conceptos, analiza varios *huehuetlahtolli* y muestra cómo en ellos se guarda una expresión dirigida a persuadir, ajustada a un molde literario en el que los recursos estilísticos determinan un género altamente retórico.

La expresión contenida en la *huehuetlahtolli* es también objeto de atención del ensayo de Lilian Álvarez de Testa, “Los discursos de los viejos. Filosofía moral de los antiguos mexicanos”. Por su parte Patrick Johansson se acerca a lo que él llama “Retórica náhuatl o la teatralidad del verbo”, y allí descubre el perfil figurativo de la palabra, el aspecto rico y sensible de ella en el marco de la oralidad. Su trabajo es una muestra de lo que se puede aportar al conocimiento de la retórica clásica desde la moderna sincronía.

Del náhuatl pasamos a las lenguas mayenses, maya, quiché y kanjobal. Es Jorge Miguel Cocom Pech quien nos introduce con su estudio, “Retórica en los libros del Chilam Balam de Chumayel y del Chilam Balam de Tuzik”. En ellos repara en un lenguaje especial, el llamado “lenguaje de Suyúa”, usado para examinar a los que pretendían cargos de poder. El autor lo considera un lenguaje enigmático, lleno de símbolos, rico en metáforas, como aquella de llamar a la estrella “flor de la noche”. Este lenguaje de Suyúa es también el punto de mira de Ramón Arzápalo en su ensayo sobre “El lenguaje de poder de los mayas antiguos”. Considera Arzápalo que es un lenguaje “divino, medio de comunicación con los seres humanos” y en él reconoce una “etnoestética rica en figuras retóricas propias que dan fuerza a la palabra”. La retórica maya se complementa con el trabajo de Rose Lema, “Los diálogos del Calepino de Motul: exploraciones en la historiografía de la otredad”, en el que la autora se fija en la obra de Fray Antonio de Ciudad Real.

La retórica quiché toma vida en el trabajo de Michela Craveri, “La boca y el ojo en la comunicación oral: lenguaje e imágenes del Rabinal Achí”. Desde la oralidad del posclásico reconstruye la autora la poética del Rabinal, lejana a la nuestra y basada en la palabra en función de las relaciones semánticas consideradas unidades de significado y cargadas de tensiones metafóricas: “el

aparato verbal teje imágenes plásticas con armonía de sensaciones visuales, fonéticas y táctiles”. Finalmente José Alejos en su ensayo “Hablar del otro en mitología maya”, se adentra en un mito kanjobal, el de la Santa Eulalia. En el mito descubre él un diálogo entre la Santa y la Virgen y su entorno geográfico y humano a través de una comprensión sociológica de la creación estética.

Del mundo maya damos un salto al pueblo huichol. Su lengua, nos dice Paula Gómez López, tiene un marcador modal que funciona como asertor en la narración, y así lo expresa en el título del trabajo “La función retórica y la categoría de modo: el asertor de registro formal en huichol”. Trabajo de índole eminentemente lingüística, en él se muestra un elemento retórico propio de las lenguas mesoamericanas.

Otro salto más grande y llegamos a los Andes, al mundo quechua. Soledad Flores Gutiérrez escoge una novela de ambiente indigenista para elaborar su artículo, “Retórica en la Chascañawi: funcionamiento de los tropos en el quechua”. Su análisis se centra en determinadas figuras retóricas según tres funciones: la poética, la persuasiva y la cognoscitiva. En suma, los diez ensayos sobre la expresión retórica de las lenguas americanas son una muestra de las posibilidades que el lenguaje humano tiene de manifestarse cuando de persuasión y belleza hace gala.

En el libro se reúnen, además, seis ensayos sobre el florecimiento de la retórica clásica en el Nuevo Mundo, y el primero de ellos, se refiere a la cultura quechua. Su título, “Pablo José de Arriaga y la retórica clásica en el Nuevo Mundo. Teoría y práctica”. En él se puede seguir la vida de un jesuita maestro de retórica, quien la usaba para convencer y convencer para convertir; un clásico en tierras peruanas.

Bartolomé de las Casas y Diego Valadés, como siempre, acaparan mucho la atención. Sobre Bartolomé escriben Jack S. Himelblau y Don Paul Abbott. Himelblau realiza lo que expone en su título “Una lectura deconstructiva de la *Historia de las Indias* de Bartolomé de las Casas: la transformación retórica de los hechos en ficción”. El análisis de varios pasajes de la *Historia*, permite al autor presentar a Las Casas como refinado estilista y hábil narrador. Por su parte Paul Abbott se centra en la obra *De unico vocationis modo* para mostrar la capacidad retórica de Las Casas en la empresa de la Evangelización. Santa Arias en su ensayo, “Profesando la preceptiva humanista, la política y la poética misionera en la *Retórica cristiana* de fray Diego Valadés”, propone al franciscano tlaxcalteca como innovador de la expresión retórica al introducir en su obra imágenes visuales y lo considera como el autor que, en el corazón del Viejo Mundo, ofrece una reinterpretación de la experiencia americana. La figura de Valadés se completa con el trabajo de Juan Carlos Gómez Alonso titulado “La memoria artificial en la retórica actual: fray Diego Valadés como antecedente”. Destaca él que en nuestro mundo actual en donde cuenta

mucho la cultura visual, los sistemas mnemotécnicos ideados por Fray Diego son un valioso antecedente.

En suma, Las Casas y Valadés funcionan como paradigmas de la retórica clásica aplicada o si se quiere repensada en el Nuevo Mundo. Pero los paradigmas podrían ser muchos más y como prueba de ello está el artículo de Victoria Pineda, “Retórica y política territorial en la conquista de América”. Muestra la autora que hay mucho de retórica en la descripción del Nuevo Mundo, incluso en un texto como las *Relaciones geográficas*. Y para demostrarlo analiza el cuestionario, intitulado “Instrucción y memoria” de Juan López de Velasco. En él descubre nada menos que la herencia de la *Retórica epidictica* de Menandro el Rétor.

El artículo de Lune Nash, “La celebración de la palabra versus Una guerra de tinta e Internet. La retórica de la rebelión de Chiapas”, versa sobre discursos y textos que establecen una oposición entre el significado de la “celebración de la palabra” como se dice en el discurso neozapatista y “la guerra de tinta e internet”, como se dijo en la Secretaría de Gobernación en enero de 1996. Para la autora, “la celebración de la palabra” es un lenguaje en el que se plasma “todo un imaginario, sin injusticias ni represión y en el que se rescata un pasado de hibridación y de ideología indigenista mezcla de poesía y realidad”.

En conclusión, la lectura del libro es un ejercicio de comprensión de formas de retóricas distintas y distantes, que los hombres han creado y recreado durante milenios. En todas estas formas se guarda la misma palabra persuasiva y bella, aunque en cada una de ellas, la palabra se crea y se ordena conforme a una lengua y a un pensamiento. Debemos a Helena, una vida consagrada a revelar los secretos de la retórica y a su amigo y colega Gerardo, el logro de poner en armonía los mil rostros del *rétor* y del *tlahtolmatini* visibles en el lenguaje real de siempre y en el virtual del internet.

ASCENSIÓN HERNÁNDEZ TRIVIÑO
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM